

LA CONVERSIÓN DE DOUGLAS ARNOLD HYDE

Douglas A. Hyde (1911–1981) fue un conocido y famoso periodista inglés. Fue educado como metodista por sus padres, pero en su juventud, como tantos otros jóvenes, perdió la fe y empezó a resbalarse peligrosamente por el materialismo. Se hizo comunista durante 20 años, ocho de los cuales fue incluso director jefe del periódico *Dayly Worker*, el periódico del partido comunista inglés. Poco a poco, fue desilusionándose del comunismo al ver sobre todo las grandes incongruencias de los comunistas soviéticos. Basándose en esta experiencia desagradable, escribió el libro *Respuesta al comunismo*. Siguió buscando el modo de salir de esta desilusión hasta que llegó a encontrar el nuevo sentido de su vida: seguir a Jesucristo. Concluyó convirtiéndose a la fe católica. Su autobiografía lleva por título *Yo creí*, y aquí cuenta la historia de su conversión. De este libro tomamos algunos párrafos más significativos que relatan su proceso de fe.

Parte, como es natural, de su triste experiencia comunista y de los engaños a que estuvo sometido durante aquellos veinte años:

“Yo creía que todos los sacerdotes, monjas y monjes eran inmorales, que los jesuitas eran siniestros y criminales. Y seguía conservando mis prejuicios comunistas. En el partido sosteníamos que la población católica representaba la parte más atrasada, inculta y políticamente moribunda del pueblo y que los católicos estaban hundidos en la superstición y gobernados, sin esperanza de liberación, por los curas. Para los comunistas no hay valores espirituales ni consideraciones morales o éticas. Ni la más mínima piedad humana influye en su sentir marxista, ni el amor ni la compasión ni el patriotismo tienen cabida en su estructura”.

Desde esta visión atea o materialista de la vida, los intereses constituyen la fuente de su ética y de su moral y la fuente próxima del obrar humano la ofrece una conciencia errónea:

“Para ellos no existe la verdad ni el honor, excepto dentro de su círculo inmediato de camaradas. La conciencia se ha convertido en algo que la impulsa a mentir, a engañar, a traicionar. El comunismo es el fin de sí mismo y ese fin justifica siempre los medios”.

Cuenta Douglas A. Hyde la importancia que tuvo para su conversión el entrar en un templo católico. Supuso para él como una primera llamada a la que se sentía responsablemente con la necesidad de responder. Este caso me hace comprender las continuas llamadas que se nos hace desde la Iglesia a que tengamos abiertas las puertas de las iglesias para todos los que necesiten entrar. Pasear o descansar bajo sus naves puede ser verdaderamente un primer anuncio que marque su nueva vida. Recordemos sus palabras:

“Un día al salir de la oficina, entré a una iglesia católica. Permanecí una hora sentado en la oscuridad, iluminada sólo por la vacilante llama de las velas del altar. A la mañana siguiente, volví teniendo cuidado de entrar, cuando no me viera nadie... Cuanto más veía aquella iglesia, más me gustaba. Pero seguía sin

poder rezar. Era ridículo y degradante arrodillarse, un signo de sumisión, de rendimiento, de humildad. Era como hablar con alguien que no estaba presente, que ni siquiera existía. Pero yo seguí yendo día tras día, noche tras noche”.

Otro dato interesante en la conversión de Douglas es el testimonio de la gente sencilla y sus pequeños gesto de piedad. A los maduros en la fe nos pueden parecer simplezas... pero en esos gestos de la piedad popular hay una manifestación que solamente comprenden los sencillos. Recordemos su anécdota personal:

“Una mañana sucedió algo. Estaba sentado en la penumbra de Santa Etheldreda en el último banco como de costumbre, cuando entró una joven de unos dieciocho años, pobremente vestida y no muy agraciada. A mí me parecía que sería una criada irlandesa. Pero, al pasar por mi lado, vi la expresión de su rostro: estaba preocupada. Como yo, tenía evidentemente alguna grave preocupación. Con paso decidido avanzó por el centro de la iglesia hacia el altar, después giró hacia la izquierda, encaminándose a un reclinatorio en el que se arrodilló delante de Nuestra Señora, después de haber encendido una vela y echado unas monedas en la alcancía. A la luz de la llama de la vela, pude ver cómo sus manos pasaban unas cuentas y cómo inclinaba la cabeza de vez en cuando. Aquella era una práctica católica que yo desconocía. Aquel era el mundo de la fe. Aquel era el mundo que yo buscaba ¿Era una superstición? ¿Era el mundo propio de los salvajes? Al pasar a mi lado, cuando salía, miré el rostro de la joven. Fuera cual fuera su preocupación había desaparecido. Sencillamente desaparecido. Y yo hacía meses y años que llevaba auestas el peso de la mía”.

“Cuando estuve seguro de que nadie me veía, me encaminé casi como un perro por el centro de la iglesia como ella había hecho. Al llegar al altar, giré a la izquierda, eché unas monedas en la alcancía, encendí una vela, me arrodillé en el reclinatorio e intenté rezar a Nuestra Señora. Pero era lo mismo que me ahorcaran por una oveja que por un cordero. Si iba a ser supersticioso e iba a rezar a alguien que no estaba allí, bien podría dar un paso más en mi superstición y rezar a una imagen. Pero ¿cómo se rezaba a Nuestra Señora? Yo no lo sabía. ¿Se rezaba a Ella o por medio de Ella como si fuese una intermediaria? ¿Se contemplaba la imagen para ver la realidad que había tras ella o había que dirigir las palabras solamente a la imagen? Tampoco lo sabía. Intenté recordar alguna oración dedicada a Ella de la literatura medieval o algo de los poemas de Chesterton o Belloc. Pero fue inútil... Fuera de la iglesia traté de recordar las palabras que había pronunciado y casi me eché a reír. Eran la letra de una música de baile del año veinte de un disco de gramófono que había comprado en mi adolescencia: “Oh dulce y encantadora señora, sed buena. Oh Señora, sed buena conmigo”.

De este modo misterioso Douglas había dado un cambio decisivo en su vida. Ya nada volvería a ser igual. Fruto de su conversión fue el bautizo de sus hijos:

“A las ocho y media de la noche del 17 de enero de 1948 telefonee al colegio de los jesuitas de nuestro barrio para bautizar a nuestros dos hijos... y nuestra instrucción comenzó bajo la dirección del Padre Joseph Corr, un santo y culto

anciano jesuita del norte de Irlanda, que comenzó su tarea sin hacernos más preguntas. Tardó semanas en saber quién era yo”.

Douglas Hyde es un gran converso, un gran luchador por la causa de Dios. Ahora no podía callarse, debía hacer conocer el amor que Cristo había venido a traer a la tierra. A veces, decía que se quedaba asombrado, cuando hablaba a sus amigos y compañeros de su fe, y ellos lo tomaban como si fuera un fanático. Como los discípulos de Emaús fue corriendo a dar testimonio de Jesucristo resucitado, a tiempo y a destiempo, dedicando su vida a la misión evangelizadora:

“Después de convertido, me puse a trabajar solo, escribiendo para periódicos de todo el mundo, pero conservando mi independencia. Empeñaba una serie de artículos en el Catholic Herald, explicando en breves bosquejos mi conversión del comunismo al catolicismo y contando algunas anécdotas. Mis artículos despertaron gran interés y, todavía más importante, sirvieron de orientación a muchos, como demostraba la correspondencia que recibía... Algunos de mis folletos fueron distribuidos entre las guerrillas comunistas griegas y otros en China roja. Un folleto fue traducido al indonesio para su distribución entre los comunistas de aquel país... Desde todas partes de Inglaterra me llegaban invitaciones de organizaciones políticas y, desde luego, de millares de sociedades católicas para dar conferencias... Acudía a todas partes, no importaba que fuese a hablar a seis monjas en un pequeño convento o a cinco mil personas en una gran sala de una ciudad. En dos años hablé en cientos de regiones y recorrí miles de millas. La empresa primera y principal era despertar la conciencia de los cristianos, no precisamente porque fuesen anticomunistas, sino, porque había que hacerles comprender que sus acciones eran las que decidirían el curso de la historia durante las próximas centurias. En aquellos dos años, hablé probablemente a medio millón de personas por lo menos... Dormí en trenes, en monasterios, en hoteles y escribí en todas partes”.

Dice que, cuando era comunista, procuraba estar al día para poder contar a sus amigos todo lo que descubría de nuevo en el comunismo y, cuando hacía lo mismo como católico, parecía que se reían de él, como si muchos católicos estuvieran viviendo una fe aguada, sin base ni fundamento, de rutina, que no aprovecha ni a quien la posee. Y decía:

“Si realmente creyeran que Jesús está vivo, ¿cómo podrían estar indiferentes para comunicar esta gran noticia a otros?”.

Y termina con estas palabras su libro *Yo creí*:

“No me fue fácil llegar a conocer a mi nuevo Dios. El amor de Dios no me llegó automáticamente... Lentamente, yo llegué a conocer el amor de Dios. Pero una cosa es segura: mi Dios no ha fracasado”.

¿Cuántos jóvenes u hombres maduros podrán hacer un recorrido parecido en sus vidas? Nos preocupamos a veces de los hombres y mujeres alejadas de Dios aunque hayan tenido una educación religiosa. Es verdad, es muy triste... Pero no hay que perder la esperanza, la puerta abierta de nuestros templos o la mano temblorosa de una sencilla mujer encendiendo una lamparilla ante la imagen de Nuestra Señora pueden hacer

volver al camino al hijo pródigo. No todo está perdido. Dios sigue llamando y, aunque no lo creamos suficientemente, los hombres, antes o después, seguimos respondiendo. Las conversiones son cosa de todos los días, aunque no lo cuenten los periódicos...

Florentino Gutiérrez Sánchez. Sacerdote

www.semillacristiana.com

Salamanca, 4 de enero de 2017